

Capítulo 42 - Los Misterios del Sueño - Una Guía Práctica de Hechicería

[Libros 1-4, Revisión de julio 3]

Sebastián

Fecha 2 del mes 12, miércoles, 6:00 p.m.

En realidad, Sebastián volvió a tensar su voluntad al sanar a ese muchacho absurdo. No fue tanto por el hechizo en sí, sino por la dificultad de mantener la Palabra casi completamente en su mente mientras lanzaba el conjuro. Quería que no quedara prueba alguna del Sacrificio en ese hechizo en particular. Así, incluso Westbay no podría afirmar con sinceridad que la había visto usar magia con sangre.

Entró en pánico al darse cuenta de lo que había hecho. Herir a otro alumno con un uso descuidado de magia era un asunto serio. “¿Herir a uno de las Trece Familias de la Corona, y además un miembro de alto rango? ¿Y además uno que sé que no me simpatiza? Aunque la Universidad creyera que fue un accidente, un simple empujón de uno de los Westbay bastaría para expulsar a alguien como Sebastien Siverling”, pensó. Ni siquiera tendría que ser Damien Westbay quien se quejara. Si algún miembro de su familia pidiera que la Universidad asumiera mayor responsabilidad por su seguridad, ella sería la víctima perfecta. Incluso el profesor Lacer podría no estar de su lado.

Así que actuó con rapidez para borrar las pruebas, eliminando cualquier motivo para que él reportara el incidente. Ahora le debía un favor, pero eso era un pequeño precio comparado con otros. Después de todo, había estado dispuesta a deber favores mucho peores para obtener dinero para sus estudios.

Sebastián le pidió a Ana un poco de ungüento contra dolores de cabeza, ya que había agotado el suyo en un incendio provocado unos días antes, cuando su medallón de protección fue lo único que impidió que la espíaran mediante lectura de pensamientos por parte de la policía.

Con la molestia en su cabeza parcialmente calmada, escapó a un rincón oscuro y apartado de la biblioteca para hacer su tarea. Muy poco eficientemente.

Los ejercicios del profesor Lacer habían quedado en segundo plano durante los últimos días. “No estoy en condiciones de hacerlos ahora. Espero no atrasarme demasiado antes de recuperarme”, pensó.

Esa noche, tomó otra dosis de la poción antiestrés, pero dudó antes de intentar lanzar su hechizo para dormir sin sueños. Consideró, en cambio, poner una alarma muy lenta, cuidadosa y programada en su reloj de bolsillo para despertarla antes de caer demasiado profundo en los sueños, pero descartó la idea con pesar. Forzar demasiado con la voluntad podía empeorar las cosas o incluso causar daños permanentes. Debía descansar lo máximo posible. “Por eso mismo, necesito acceso a los restos de la investigación de Keeswood sobre el experimento que permitió que un gemelo experimentara el sueño del otro.”

Dos dosis más de la poción antiestrés, cuando se despertó en medio de la noche, la ayudaron a llegar hasta la mañana. Mientras se dirigía al baño para sus abluciones matutinas, lamentó las decisiones que la habían llevado a ese momento.

Sin el hechizo esotérico para amortiguar el dolor que la acompañaba, la Magia Defensiva se volvió aún más agotadora. Cuando accidentalmente tropezó con otro alumno y causó un pequeño revuelo durante un ejercicio de evasión, Fekten le espetó: “¿Eres un cachorro recién nacido? ¡En el mundo real, esa negligencia puede costarle la vida a la gente! ¡Mantén la cabeza en el juego y los brazos bajo control!”

Luego de clases, corrió hacia la biblioteca, donde el asistente estudiantil, rojo de vergüenza y tartamudeando, le entregó un pase para acceder a la sección restringida donde se almacenaban la mayoría de los diarios de experimentos del investigador del sueño.

‘La información debería estar disponible para todos en primer lugar,’ pensó Sebastien con irritación. Incluso después de demostrar que era digna de la Universidad, aún debía luchar por acceder al conocimiento. No querían personas que solo estuvieran allí para obtener certificaciones de Aprendiz, sin aprender nada realmente útil o peligroso. Aquellos que permanecían más tiempo tendrían la oportunidad de ganar los puntos de contribución necesarios para ingresar a las distintas secciones de la biblioteca que desearan.

La puerta a los archivos restringidos era de metal grueso, protegida con lo que ella creyó que era el mismo conjuro que en la entrada de la Managería. La nueva ficha de madera que le permitía acceder a un archivo específico tembló ligeramente al pasar por la puerta. Un pequeño peldaño bajaba a pasillos tallados en la piedra blanca natural de los acantilados blancos en los que la Universidad había sido construida y sobre los cuales se erigía. Los pasillos eran estrechos, los techos bajos, y el aire olía a polvo antiguo con un leve aroma a papel y pegamento. ‘El olor a libros sin abrir.’

La asistente estudiantil era necesaria en otro lugar, así que le dio a Sebastien instrucciones rápidas para acceder al único archivo que podía usar, advirtiéndole que no se perdiera. “Se dice que todavía se pueden escuchar los gritos y pasos arrastrándose de quienes deambularon hasta morir

de hambre, si prestas atención,” susurró la muchacha, moviendo la cola con agitación. “Solía ser una red de cuevas, y la única ayuda para navegar son los códigos de archivo que están sobre cada puerta. Es fácil perderse aquí abajo.”

“Seré cuidadosa,” aseguró Sebastien a la asistente con una sonrisa, reprimiendo su impaciencia.

La chica se ruborizó, dijo, “Buena suerte con tu proyecto de investigación,” y se apresuró a alejarse, deteniéndose solo para recordarle a Sebastien que no mencionara la contraseña a nadie que pudiera meterla en problemas.

Sebastien encontró su camino con relativa facilidad, ignorando las otras puertas metálicas a lo largo del túnel a pesar de su curiosidad. No quería activar alarmas intentando atravesar un conjuro sin la llave adecuada. Finalmente, empujó la puerta que llevaba a una habitación tenue, apenas unos metros a cada lado. Era muy distinta a los techos altos y la luz cálida y brillante de las plantas principales de la biblioteca superior. El aire estaba quieto, el único movimiento en la sala provenía de su propia entrada, pero olía fresco, sin polvo ni telarañas en el techo áspero ni en las esquinas de la habitación.

Rescató todos los libros con el nombre de Keeswood de las estanterías. Sus dedos ardían de emoción mientras hojeaba las páginas. Le costaba concentrarse en las palabras, pero estaba decidida.

Dos horas después, tras revisar toda la pila, arrojó el último diario sobre la mesa y se recostó con un ceño fruncido.

La serie de diarios manuscritos tenía volúmenes completos faltantes y partes de páginas cortadas en aquellos que permanecían. ‘Bueno, al menos sé por qué estaban restringidos,’ pensó Sebastien. Nunca se afirmó explícitamente en los fragmentos que quedaron de sus diarios, pero ella entendió que había estado involucrado en alguna forma de magia sanguínea. No había encontrado una explicación detallada del hechizo que usó para combinar los requisitos de sueño de los gemelos sin graves efectos secundarios, pero había registrado otros hechizos similares, y pudo imaginar cómo funcionaba. Tal vez los detalles estaban en alguna de las secciones que faltaban.

‘Si quiero usarlo, tendré que desarrollarlo por mí misma.’

Al salir de la biblioteca, hizo una breve parada en la enfermería. Observó con cautela a su alrededor para asegurarse de que la sanadora con quien había conversado antes no estuviera de turno, y luego preguntó por un ungüento para aliviar dolores de cabeza. No quería seguir pidiendo prestado a Ana, y no tendría tiempo de preparar el suyo propio hasta el fin de semana. Además, ya pagaba por la enfermería como parte de su matrícula, así que quizás podría recuperar algo del valor de su oro.

Cuando finalmente regresó a los dormitorios, encontró una pila de revistas encuadernadas sobre su escritorio. Los observó con desconfianza. ‘¿Están atrapadas?’ Parecían inofensivas, y nada ocurrió cuando las empujó suavemente. Eran ficción, publicitando las últimas aventuras de alguien llamado “Aberford Thorndyke, detective consultor”. ‘¿O fue alguien quien las colocó allí para que piensen que las robé y así meterse en problemas conmigo? ¿Pero por qué las pondrían a la vista?

Al menos, pensarías que las deslizarían debajo de la cama...'

Al levantar la vista, vio a Westbay mirándola desde su pared divisoria. Él le envió una guiñada y un pulgar en señal de aprobación.

Sorprendida, se dio cuenta de que las había dejado allí para ella. '¿Podría ser que, por mis preguntas sobre el caso, él piense que tengo interés en las historias de detectives?' El gesto amistoso seguía siendo sorprendente y la dejó algo desconcertada, sin saber si debía sospechar de alguna motivación más profunda o simplemente disfrutar de su despreocupación. Quizá, un poco de sangre, un secreto, y un favor pendiente eran todo lo que se necesitaba para hacerse amiga de Westbay. 'Sin un voto de sangre ni una promesa escrita que garantizara ese favor que le prometí, apenas siento presión. Cuando pase suficiente tiempo, incluso si quiere meterme en problemas por lastimarlo, la cicatriz se habrá desvanecido, y cualquiera que intente contarle será sospechoso de por qué no lo denunció en ese momento. Es demasiado ingenuo.'

Tras revisar las páginas de las historias de detectives para asegurarse de que no hubiera nada oculto entre ellas, decidió hacerle el favor a Westbay y leer una, ya que cada una era lo suficientemente breve para terminarla rápidamente. Su concentración aún estaba demasiado afectada para estudiar o investigar más.

Para su sorpresa, descubrió que disfrutaba la historia. La trama era un poco inverosímil, pero era divertido seguir a Thorndyke, quien empleaba su superior inteligencia y agudeza para ayudar a los policías a resolver crímenes desconcertantes, y le agradaba la dinámica entre él y su asistente, Milton, un hombre común.

Su pase para el archivo restringido no le permitía retirar libros ni sacarlos de esa sala, por lo que tuvo que volver al archivo para continuar con su investigación. Durante los siguientes días, fue formando una mejor idea del trabajo del autor, tomando notas detalladas y consultando algunos textos de referencia densos que se mencionaban de pasada en las revistas. Al menos, los que tenía a su alcance.

Quiso arrancarse el cabello pálido y rubio de raíz.

Al parecer, necesitaba comprender más profundamente cómo funcionaban el cerebro y el sistema inmunológico. Al revisar las referencias destinadas a estudiantes avanzados en sanación, con textos apretados y ilustraciones que apenas entendía, se sintió decaer. 'Ningún logro valioso es fácil, lo sé. Pero aún así... esto tiene que resultar extremadamente útil,' murmuró mentalmente. Pero, sinceramente, le gustaría obtener casi cualquier mejora, por pequeña que fuera.

En Prácticas de Conjuración, Sebastien tomó la iniciativa y se acercó a una joven que recordaba vagamente como una plebeya con poca experiencia en magia, un curso por encima de ella. "¿Quieres asociarte conmigo hoy?" le preguntó.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par, luego echaron a correr rápidamente, como si quisiera asegurarse de que Sebastien realmente le estaba hablando a ella. "Eh, no seré muy buena práctica para ti. ¿Mi Voluntad solo alcanza una capacidad máxima de cien cánticos en la escala Henrik-Thompson?", dijo, mordiendo su labio.

“No me importa,” le aseguró Sebastien, sentándose al otro lado de su escritorio sin más preámbulo. “Trabajaré en mejorar mi eficiencia, y tú podrás en incrementar tu capacidad. Usar solo una llama será un buen reto para mí.” Ella colocó una vela de té en su Círculo de Sacrificio.

La mujer volvió a mirar alrededor, incómoda al encontrarse con la mirada curiosa de algunos de los otros estudiantes, pero asentó en silencio con la cabeza.

El pequeño plan de Sebastien funcionó muy bien, ya que la capacidad duradera de su oponente era respetable, aproximadamente dos tercios de su máximo, lo que significaba que Sebastien solo necesitaba canalizar unos setenta cánticos para mantenerse al día. Sin embargo, incluso esto le provocaba una migraña, por lo que se escapó al baño para volver a aplicar ungüento para el dolor de cabeza. “Estoy empezando a cansarme de esto,” susurró, mirando sus ojos enrojecidos en el espejo sobre el lavabo.

Al regresar a la clase, los estudiantes se estaban reorganizando, y ella se dio cuenta con pesar de que Lacer les había ordenado cambiar de pareja.

Mientras buscaba un compañero adecuado, Anastasia Gervin la vio y comenzó a desplazarse hacia ella con cautela.

Sebastien fingió no verla. La otra chica le caía bastante bien, pero Ana no era una compañera adecuada para hacerla flojear.

Justo cuando Ana estaba a punto de alcanzarla, y Sebastien casi se había decidido a simplemente tomar al estudiante que estuviera más cerca al azar, Westbay se acercó rápidamente desde detrás de Ana, dándole una palmada en el hombro.

“¿Pareja, Siverling?” preguntó.

Ana se detuvo abruptamente, mirándolo con ojos abiertos y sospechosos. “¿De veras, Damien? ¿No puede esta rivalidad esperar a que sea el torneo real?”

Sebastien casi rodó los ojos, volviéndose hacia Ana. “¿Westbay ha convencido a sus amigos de su ilusión de que nosotros también somos rivales?”, preguntó.

Westbay apartó sus palabras, sonriendo un poco demasiado casual para parecer normal. “No sé de qué me hablas, Ana. Le presté a Siverling algunas historias de Aberford Thorndyke. ¿Sabías que también le gustan los detectives? Siempre corre a la biblioteca justo después de clases, así que esta es nuestra mejor oportunidad para discutirlos.” No permitió que Ana respondiera, asegurando su agarre en el brazo de Sebastien y llevándolas de regreso al escritorio de Westbay. “¿Qué te pareció la vuelta de tuerca al final, con las desapariciones en serie?” preguntó en voz alta.

“Fue un poco evidente,” respondió Sebastien con sinceridad, preguntándose qué estaba haciendo Westbay pero decidiendo seguir jugando.

“¿¿Evidente??” La cabeza de Westbay giró bruscamente hacia Sebastien, y frunció el ceño. “¿Cómo pudiste haber visto—” Se detuvo, apretando los labios con un movimiento enérgico de cabeza. “No

importa. Eso no es relevante ahora.” Bajó la voz, inclinándose más cerca de la mesa. “¿Tienes dolor de cabeza?”

Sebastien se encogió de hombros, dibujando los símbolos numerológicos en el Círculo tallado entre ellos. Un triángulo, para la transmutación sencilla del calor en movimiento, y luego un pentagrama dentro de él, porque pensaba que podría ayudar a hacer realidad la idea de oposición.

“Sé que sí. Noté que vas al baño, y puedo oler el menta de un ungüento para el dolor de cabeza.”

Sebastien dejó el canto en el pizarrón, mirando fijamente a Westbay sin expresión.

El joven continuó, sin sentirse intimidado. “Elegiste hacer pareja con Jones porque no representa un desafío, y aún así tuviste que usar ungüento para el dolor de cabeza. No deberías estar aquí. Sin duda, no deberías estar aquí lanzando magia. ¿ Pensaste que todo sería mejor con solo un día de descanso? Sé que eres una prodigio que quizás nunca haya experimentado la tensión del Voluntad, pero se necesitan de dos a tres días de completo reposo para recuperarse con seguridad. Esto lo vimos en el primer día de clases. Sabía que estabas allí.”

“Estoy bien,” insistió ella, encendiendo sus velas y colocando la pesa de hierro en el borde del Círculo. “Date prisa y céntrate. Lanzar hechizos en contra del otro usando la misma matriz es peligroso, y preferiría no ser víctima de los efectos de tu incapacidad para concentrarte.”

“El profesor Lacer puede ser severo, pero no es irracional. Es un poco irritable con los estudiantes para evitar que nos volvamos irresponsables, pero lo conozco algo fuera de la Universidad y puedo asegurarte que nunca te obligaría a seguir lanzando con la tensión de Will.”

Ella canalizó energía en el hechizo y envió la bola rodando sin obstáculos. “¿Quieres arrepentirte de nuestro acuerdo?”

“¿Qué? No.” Bajó aún más la voz. “¿Esto tiene que ver con... mi padre?” Prosiguió rápidamente, “No sugiero que le digamos a todos lo que realmente ocurrió. Podemos inventar algo.”

“El profesor Lacer querrá saber qué sucedió. ¿Quieres mentirle sobre ello?” Thaddeus Lacer era uno de los temas más frecuentes en los rumores estudiantiles. Ella había oído a alguien decir que contaba con una poderosa capacidad de adivinación para detectar mentiras, y que podía saber en cuanto le decías si habías hecho la tarea o no. No estaba segura si eso era cierto, pero si alguien tenía tanto talento como inclinación para hacerlo, era Thaddeus Lacer. No mostraba paciencia con los tontos ni con quienes se interponían en su camino. “No tengo la menor intención de arriesgarme así.”

“Bueno, tal vez eso no sea una buena idea. Podrías... decir la verdad?” Westbay parecía saber que era una mala idea incluso mientras lo decía, por la expresión de incomodidad en su rostro, pero siguió adelante sin importarle. “Quizá se enojaría, pero—”

Sebastien lo interrumpió. “Por supuesto que se enfadaría. Lo que hice—” Apretó los dientes. “Si escuchaste la misma historia de otra persona, ¿cómo reaccionarías?” En el mejor de los escenarios, el profesor Lacer simplemente estaría decepcionado de ella y quizás no le permitiría regresar al

siguiente semestre. En el peor, se enfadaría por su segunda muestra de estupidez, lastimando quizás a alguien con quien Lacer tenía más confianza que con ella—había escuchado que llamaba a Westbay por su nombre de pila, después de todo—, y la expulsaría de inmediato. La Universidad tomaba muy en serio cuando sus alumnos estaban en peligro. Seguramente aún más si se trataba de nobles.

Sería esa estudiante de quién se rumorearía con alguna historia ridícula, en la que el profesor Lacer la convertía en pez y la arrojaba desde el borde oriental de los acantilados blancos—directamente al Golfo de Charybdis. No podía decir la verdad, y tampoco podía arriesgarse a mentirle. Solo pensar en abordar el tema con el profesor Lacer hacía que su corazón latiera con más fuerza en su pecho. Le temía. Su dolor de cabeza empeoraba a medida que aumentaba su presión arterial.

Westbay se peinó cuidadosamente, asegurándose de que cada hebra de su estilo perfecto y encerado estuviera en su sitio. “Bueno. Sé lo que diría mi padre. Para ser honesto, no quiero que se entere de esto más de lo que tú quieres que el profesor Lacer lo sepa. Sería... decepcionado.”

“Sí, bueno, si el profesor Lacer se siente ‘decepcionado’ conmigo, ese será el fin de mi estadía en la Universidad,” dijo, apretando los dientes.

“Claro, porque tú eres su...—”

Ella siguió hablando, sin importarle el débil argumento que intentaba hacer Westbay. “Así que no diré nada. Tú oirás con atención y actuarás en consecuencia. Deja de balbucear y empieza a lanzar, Westbay.”

Westbay frunció el ceño, pero tras unos segundos tensos, levantó su Conducto y dirigió su atención hacia la pelota, enfrentándose a su lento desplazamiento. Sin esforzarse demasiado, aunque por la expresión molesta en su rostro parecía que luchaba y fracasaba. “Al menos ahora recuerdas mi nombre,” murmuró.

Siguieron haciendo rodar la balón lentamente por un rato, sin empujar demasiado fuerte, pero manteniendo su concentración por el bienestar de quienes los observaban. Sebastien sintió un destello de gratitud hacia Westbay y reprimió una mueca. ‘Si no fuera por él, no estaría en esta situación en primer lugar. No te pongas blando solo porque ahora sea amistoso,’ se dijo a sí misma. ‘Él sigue siendo un insoportable idiota en el fondo. La gente no cambia realmente.’

Continuaron así hasta que el profesor Lacer, quien había paseado entre las filas de pupitres, deteniéndose ocasionalmente para alabar o reprender con severidad, se detuvo junto a su escritorio.

No pudo evitar tensarse al verlo acercarse, su presencia era más grande de lo que su cuerpo podía albergar. Manteniendo la vista en la pelota en movimiento.

Westbay pareció sentir lo mismo, pero lanzó una rápida mirada entre el profesor y Sebastien, y sus llamas de vela parpadeaban mientras su concentración fluctuaba.

Sebastien intentó mantener su sincronía, de modo que la pelota avanzara de forma constante, pero no lo consiguió del todo y, por un momento, aceleró bruscamente.

Sintió que su espalda se enderezaba con tensión, y lentamente canalizó un poco más de energía en el hechizo.

Westbay frunció ligeramente el ceño, como si le costara mantener la pelota en movimiento.

“Deténganse,” dijo Lacer, su voz atravesando la aula a pesar de su volumen bajo.

El corazón de Sebastien se contrajo con náusea. Liberó la magia, y la pelota se detuvo, su sonido era más fuerte de lo que debería haber sido contra el trasfondo del aula. La gente abandonaba sus prácticas para mirarles a los tres.

Lacer esperó, dejando que el silencio se volviera insoportable.

Westbay empezó a moverse incómodamente en su asiento.

Ella lo miró, instándole mentalmente a no hacer ninguna tontería.

Finalmente, el profesor Lacer habló, con palabras cuidadosamente pronunciadas y precisas, lo que hacía que su tono resultara aún más amenazante. “¿Quizá alguna de las dos, tenía la impresión de que soy un completo idiota?”

Westbay se quedó pálido.

Sebastien tragó saliva. “No, profesor.”

Westbay repitió sus palabras.

“En ese caso, ¿crees que este esfuerzo,” asintió hacia la mesa entre ellos, “es aceptable?”

Westbay miró al profesor Lacer y luego a Sebastien con los ojos bien abiertos. Incluyó ligeramente la cabeza, en señal de interrogación.

Sebastien le devolvió la mirada, con una expresión de seriedad dura. Un mal desempeño en un solo ejercicio no era nada comparado con herir sin cuidado a un compañero y, además, causarse a sí misma una tensión con magia de sangre al tratar de curarlo.

Ese pensamiento le causó un escalofrío de horror que le recorrió la espalda como una culebra. Si no hubiera sanado a Westbay, tal vez habría alguna oportunidad de confesar. Pero si había alguna posibilidad de que la acusaran de magia de sangre, sería mejor cortarse la lengua. Literalmente. La magia de sangre era alta traición. La matarían. “No, profesor.” La garganta le ardía, y tragó con dificultad.

“Intenta de nuevo,” ordenó, con su voz firme pese a su volumen bajo. Extendió la mano para impedirles volver a concentrarse en el hechizo. “Esta vez, Westbay intentará mover la pelota en

sentido horario y Siverling en sentido antihorario. Quizá una competencia más directa despierte sus ánimos.”

Westbay rápidamente borró y reemplazó sus dos glifos, y ellos obedecieron.

La esfera se desplazaba en sentido contrarreloj, con pequeños movimientos, mientras Sebastien vertía más y más poder, su agarre en la magia como una tenaza, y Westbay la contrarrestaba.

Finalmente, lograron estabilizarse en una rotación constante a su favor.

“¿Eso es todo lo que tienes? ¡Empuja con más fuerza!” ordenó Lacer.

Westbay la miró con incertidumbre, pero ella ya obedecía, la esfera girando más rápido hasta comenzar a difuminarse.

Luego desaceleró de nuevo, mientras Westbay presionaba contra su Voluntad. Sus velas titilaban bajo la carga, y ella comprendió de repente cómo el Profesor Lacer sabía que en realidad no estaban intentando de verdad. Sus velas no mostraban signos de esfuerzo real — sin parpadeos, sin pérdida de calor, sin difuminarse — cuando la Voluntad de Westbay se acercaba probablemente a doscientos thaums, y ella ya lo había superado. Si empujaba hasta los límites normales de su capacidad, podría posiblemente enfriar dos velas por completo.

Ella se esforzó con más fuerza, hasta que sus pequeñas llamas parecían fantasmas desvaídos. El dolor fue como un clavo de hielo atravesando su cerebro, y sus pestañas parpadeaban al darse cuenta de que estaba perdiendo la vista en uno de sus ojos. Manchas solares brotaron en su visión.

Aspiró con náusea y, con cuidado, liberó la magia. La esfera desaceleró, y luego cambió de dirección por completo. Se enderezó aún más, con la barbilla en alto y la mirada fija, vagamente, al frente. Podría haber soportado el dolor, pero no valía la pena. Un esfuerzo excesivo de Voluntad podría causar daños permanentes. 'Mi capacidad para lanzar magia es más importante que incluso la Universidad. No lo pondré en riesgo.' Además, su Conducto solo soportaba hasta doscientos thaums, y enfrentar la magia de otro exigía más esfuerzo de su parte. Si seguía empujando, corría el riesgo de que su Conducto se rompiera. Tenía un débil respaldo dentro del borde de su bota, por si podía evitar la pérdida total de control, pero no tenía oro para comprar otro reemplazo.

No podía hacer lo que Lacer quería. Aceptó esto y mantuvo una respiración tranquila, con las manos presionadas contra la mesa para que no temblaran, mientras esperaba el castigo que, sin duda, seguiría a su aparente voluntad de fallo.

Al principio, el Profesor Lacer no dijo nada, pero podía sentir su Voluntad en el aire, convirtiendo su mirada en un agujero de absorción.

El vello en sus brazos y en la nuca se erizó, y le vino a la mente la sensación de caminar solo e indefenso por una habitación oscura, con la certeza absoluta de que algo frío y hambriento observaba desde las sombras.

Pero solo dijo, “Ven a verme después de clase, Siverling. En mi oficina.” Volteó esa mirada terrible hacia Westbay por un momento, quien se encogió bajo su fuerza, y luego regresó al frente de la sala.

Westbay lo observó alejarse, luego volvió la vista hacia ella, y pudo ver el horror reflejado en sus ojos. “Sebastien—” susurró.

Ella asintió lentamente, con minuciosidad, y negó con la cabeza. “No,” susurró en respuesta. “Lo prometiste,” dijo, un poco más alto, pero lentamente. “Mantén tu honor y guarda silencio, Westbay.”

Solo podía esperar que el Profesor Lacer no estuviera lo suficientemente enojado como para expulsarla de inmediato. Si le daban hasta el final del término, al menos, confiaba en que podría idear algún plan.

Revisión #1

Creado 3 julio 2026 12:26:19 por Edward Elric

Actualizado 3 julio 2026 12:26:23 por Edward Elric